

El caso tequila



El caso tequila

F. G. Hagenbeck

Rocaeditorial

Índice

I.	Tequila Sunrise	13
II.	Scorpion	17
II.	Desarmador.....	23
IV.	B-52	29
V.	James Bond Martini.....	35
VI.	Coco Loco	41
VII.	Grog.....	49
VIII.	Banana Daiquiri.....	53
IX.	Margarita Frozen.....	59
X.	Old-fashioned	65
XI.	Dirty Martini.....	71
XII.	Red Hair	77
XIII.	Tequila y sangrita (estilo Jalisco)	83
XIV.	Mexican Coffee.....	87
XV.	Harvey Wallbanger	93
XVI.	Matador.....	99
XVII.	Orange Whip	107
XVIII.	Blue Margarita.....	113
XIX.	Pink Lady	117
XX.	Rum Swizzle	125
XXI.	Gin Fizz	129
XXII.	El Diablo.....	139
XXIII.	Mimosa	145
XXIV.	Pepito Collins.....	149
XXV.	Michelada.....	155
XXVI.	Paradise	161
XXVII.	Bandera Mexicana	167

XXVIII.	Flamingo	175
XXIX.	Fireman's Sour.....	183
XXX.	Stinger.....	187
XXXI.	Toro Loco	193
XXII.	Barracuda	199
XXIII.	Old Pal.....	207
XXIV.	Martini Cecilia.....	213
Epílogo.	Última ronda.....	217

Para un maestro, compañero, cómplice y
conciencia. Es el mejor autor mexicano
de mi generación y uno de mis mejores amigos
de la vida, Bernardo Fernández Bef.

Yo bebo para hacer interesantes a las personas.

GROUCHO MARX

El trabajo es la maldición de las clases bebedoras.

OSCAR WILDE

Siento pena por las personas que no beben.
El momento en que se despiertan por la mañana va
a ser cuando se sientan mejor en todo el día.

FRANK SINATRA

I

Tequila Sunrise

2 medidas de tequila blanco
4 medidas de jugo de naranja
1 medidas de granadina
1 rebanada de naranja
1 cereza cherry
Cubos de hielo

Ponga el hielo en un vaso alto y vierta el tequila. Añada el jugo de naranja y la granadina, incline el vaso para que estas fluyan hacia el fondo y el líquido dé el aspecto de una salida de sol. Revuelva ligeramente y adorne con la cereza y la rebanada de naranja.

13

Todo cóctel famoso tiene su secreto en la preparación, posee un nombre interesante y una leyenda que explica su origen. Así ha sido desde hace más de doscientos años, lo que ha dado lugar a la mixología. El origen de la palabra «cóctel» es incierto. Según una versión, se formó con las palabras cock y tail (cola de gallo). Otra fuente habla de la deformación de la palabra coquetier, la vasija donde se servían los brebajes. Para los ingleses proviene de la designación de un caballo cruzado al que le cortaban la cola para levantarla, como una cola de gallo. Seguramente, nunca se sabrá el verdadero origen. Lo que sí se sabe es que en Francia se colocó una pluma a las bebidas para distinguir las que tenían alcohol.

Sobre la invención del tequila sunrise, la leyenda cuenta que un cantinero se quedó bebiendo, acompañado de un amigo, toda la noche. Al día siguiente, el dueño los descubrió borrachos en el bar. Cuando preguntó por qué estaban allí, el camarero pensó en una solución para que no le cobraran el consumo y dijo: «Para crear una bebida inspirada por la vista de la salida del sol en la barra». El cantinero vertió rápidamente un poco de tequila y el jugo de naranja, y agregó la granadina, para lograr los colores del amanecer. Este hecho se remonta a los años treinta. Algunos suponen que ocurrió en Florida, por la inclusión del jugo de naranja, típico de ese estado. Otros dicen, sin embargo, que sucedió en Acapulco, lo que es poco probable, pues el sol sale por las montañas. Aun así, el tequila sunrise se convirtió en el emblema de los turistas, que adoran las palmeras y el relajante ruido de las olas, mientras Frank Sinatra canta Come fly with me.

14

El atardecer poseía tal letanía de colores que parecía que el pintor celestial se había bebido tres tequilas más que yo. Estaba seguro de que le cobrarían el exceso de rojos y amarillos. Un velero apareció en el horizonte, entre las pinceladas naranja durazno y amarillo mango del crepúsculo. Era una imagen bella.

El viento fresco, cargado con el aroma a mar que tanto gusta a los turistas y las gaviotas, disolvía el humo de mi cigarro Cohiba. Lo fumaba tan lentamente que podía oír cómo se consumía el tabaco. Era uno de esos días en los que uno piensa que la vida bien vale la pena sufrirla. Aunque estaba seguro de que solo me quedaban veinticuatro horas para hacerlo.

Nuestro artista panorámico copiaba los colores de mi bebida, un tequila sunrise, para ofrecernos tan maravillosa imagen del sol poniéndose en la bahía. Levanté mi vaso a fin de compararlos. El rojo de la cereza competía con el astro rey, que se sumergía en el mar, cual pelota olvidada en la playa por un niño. No había duda de que estaba en el Paraíso. Dios lo había colocado en un lote que compró a remate en la costa del Pacífico mexicano. En la Biblia lo llamaban Edén; hoy en día, para los agentes de viaje era Acapulco.

Los empresarios, que siempre pillaban las decisiones del Creador, construyeron monumentales edificios de concreto que

se arremolinaban por toda la playa. La vendían como la ciudad perfecta para tener sexo, hacer tratos con serpientes, cometer pecados y vivir sin reglas. O sea, el Paraíso.

Desde antes que Frankie *Old Blue Eyes* Sinatra cantara *You just say the words and we'll beat the birds down to Acapulco Bay'*, todo aquel que osaba llamarse famoso venía de vacaciones a este puerto. Aquí se daban cita actores estrellas, cómicos amargados, toreros alcohólicos, políticos corruptos, reyes sin corona, gánsteres asesinos, prostitutas enamoradas y alguna que otra familia que venía a gastar sus ahorros.

Yo no era nada de lo anterior. Mi efímera estancia era puramente profesional y mi oficio seguiría siendo el mismo de siempre mientras no adivinara los números premiados de la lotería: sabueso, *half* gringo, mitad *mexican*, que había despilfarrado el noventa por ciento de su vida en alcohol y el resto, en realidad, en tonterías.

La fachada de paraíso vacacional era bastante convincente, pero Acapulco seguía siendo el lugar más importante para hacer negocios de Hollywood, después del bar en el Beverly Hills Hotel, el campo de golf en Palm Springs y la banquetta frente al templo judío de Santa Mónica. Aquí las estrellas y los productores de Cinelandia firmaban contratos de muchos dólares. Mi nuevo trabajo era uno de ellos. Pero también era una fachada: mi verdadera labor consistía en ser la nana de un hombre mono borracho.

Acapulco había dejado de ser un paraíso para mí. Mi labor como ángel guardián era un fracaso: la policía mexicana deseaba meterme a la sombra, un grupo de matones opinaba que mi cabeza en un mástil sería un bello adorno, y un mercenario estaba limpiando su automática para despedirme con una bala entre los ojos. Me había involucrado en las cosas que uno prefiere solo leer en la nota policial, y a veces de reojo. A mi lado sufría un malecón con billetes de cien dólares, en fajos del grosor de un directorio telefónico. Me sostenía las piernas mientras veíamos juntos el atardecer. Le había tomado cariño por ir danzando conmigo entre cadáveres. Generalmente, iba esposado a mí, pero hoy nos habíamos dado la tarde libre. Yo disfrutaba de mi cóctel y fumaba un puro cubano; el medio millón de dólares hacía lo único que sabía hacer: ser mucho dinero.

Desde mi terraza en el hotel Los Flamingos, lugar de reunión

de John Wayne, Red Skelton, Rita Hayworth y otras estrellas, pensaba en el maletín huérfano, los colores de mi bebida y el estado alcohólico de quien hacía los atardeceres. Rezaba porque Frankie *Blue Eyes* pudiera estar en mi entierro y me cantara una despedida, pues cuando uno juega con la serpiente en el Paraíso, la casa siempre gana. Pregúntenle a Dios, es experto en el tema. Fue entonces cuando unos gritos rompieron mi ensoñación.

—¡Sunny Pascal! ¡Sunny! —me gritaron desde el otro lado de la puerta al tiempo que la golpeaban con la rudeza de un boxeador agonizante.

Tendría que comprar entradas para ver el crepúsculo del día siguiente. Hoy no podría quedarme más tiempo. Esperaba que no se le terminaran los colores al pintor. La segunda vez nunca es tan buena como la primera. Excepto en el sexo.

Escondí la maleta, no fuera a saltar por el balcón cual clavadista de las rocas en La Quebrada. Abrí la puerta y me encontré a Adolfo, el joven ayudante del hotel, quien me miraba con los ojos tan abiertos como un par de *hot cakes*.

16 —¡Rápido! ¡A la alberca! —volvió a gritar mientras me jalaba de la manga. Cuando alguien vocifera así es que hay problemas. No me gustó, dificultades ya me sobraban.

Bajamos corriendo las escaleras. Seguí los gritos en el patio hasta llegar a un grupo de turistas. Miraban sorprendidos la alberca en forma de mancha de sangre. En el centro de esta, un cuerpo flotaba con los brazos abiertos y la cabeza sumergida. Era alto, musculoso, del tipo que te da mujeres, fama y medallas olímpicas. Pero era un cuerpo rancio, ya habían pasado sus mejores años. En la orilla de la alberca estaba mi socio y amigo, Scott Cherris.

—Sunny, está muerto —me dijo en inglés con tal expresión en el rostro que me recordó una vaca en mitad de la carretera esperando a ser arrollada.

No era para menos, a quien debíamos cuidar yacía flotando en el agua entre flores secas de buganvilia. Johnny Weissmuller, el mejor Tarzán de todos los tiempos, ya no vería más a su chango, Chita, y en este viaje tampoco lo acompañaría Jane.

Solo pude decir consternado:

—¡En la madre! Se me murió Tarzán.

II

Scorpion

2 medidas de ron blanco
2 medidas de jugo de naranja
1 medidas de jugo de limón
1 medidas de brandy
 $\frac{1}{2}$ medidas de *orggeat* o crema de almendras
Hielos
1 rebanada de naranja
1 cereza
1 gardenia

17

Ponga el hielo y los ingredientes líquidos en una batidora. Mézclelos a velocidad rápida hasta que el hielo se vuelva *frappé*. Puede servirse en vaso corto o en doble porción en una taza honda decorada con la rebanada de naranja, la cereza y la gardenia. Se bebe con popote al ritmo del éxito de 1964 *Walk, don't run*, de los Ventures.

El scorpion debe su nombre al hecho de que se toma con popote y se comparte con otros comensales. El popote emula la cola del animal; y la bebida, el veneno. El scorpion es una de las más reconocidas bebidas exóticas inventadas por Trade Vic o Victor Bergeron, quien fundó los más famosos restaurantes tikis, no solo en Estados Unidos, sino también en el resto del mundo. Él fue quien llevó el culto a las islas polinesias, que acabaría integrándose en la cultura pop del mundo. Elaboró más de cien rece-

tas de cócteles con temas de los mares del Sur. Siempre servidos en espectaculares vasos con diseños basados en los ídolos de madera de las islas del Pacífico.

Algunos de los más sofisticados intelectuales se aficionaron a sus cócteles en los años sesenta, Gore Vidal, Bob Fosse, Arthur Schlesinger y Stanley Kubrick, que era un cliente asiduo del Trader's Vic de Nueva York. Cuenta la leyenda que tuvo la idea de filmar 2001: una odisea en el espacio cuando bebía uno de sus cócteles favoritos.

18

Todo comenzó meses atrás. No habíamos dejado de extrañar a Marilyn Monroe y a su querido JFK cuando un cuarteto de muchachos de Liverpool tomó su lugar en los noticieros. Era la hora del almuerzo. Las colinas de Hollywood se veían retapizadas con un verde de lluvias de verano. Yo vestía mi guayabera negra con motivos claros, pantalón de algodón también negro y zapatos blancos de piel, sin calcetines. Estaba aseado, limpio y con mi barba *beatnik* arreglada. Me veía sereno, en buena forma, con dólares en la billetera, y no me importaba que se notara. Iba a visitar a mi ídolo.

Descendí de mi Ford Woody frente al Trader's Vic en Beverly Hills. Tomé un sobre del asiento del copiloto, donde guardaba una cerveza caliente, un sostén que pertenecía a una mujer cuyo nombre trataba de recordar y dos discos sencillos de música surf rayados.

Me encaminé con el aplomo de Steve McQueen hasta la recepción. Una hermosa rubia con falda hawaiana me recibió con un par de ojos verdes jade, una sonrisa y un cuerpo que arrancaba gotas de sudor al imaginárselo sin el ridículo disfraz. Le guiñé el ojo. La sonrisa creció hasta convertirse en una gran boca. Perdió su encanto. Pregunté por la reservación y me escoltó hacia la mesa. Trató de coquetearme, pero yo ya tenía mi atención puesta en otra cosa.

En la mesa distinguí la calva, escondida en su corte militar, de mi amigo Scott Cherris. Sus lentes oscuros lo hacían ver como un agente federal afeminado, pero solo era uno de esos productores de Hollywood con más entusiasmo que éxito. Esta vez me deleitaba con una playera color canario que esperaba ser atacada

por cualquier gato de callejón. Si fuese Silvestre, el de las caricaturas, mejor.

—Mi socio, míster Sunny Pascal —me presentó levantándose.

El hombre que estaba sentado a su lado era alto, con menos pelo que Scott. Los gruesos anteojos que usaba lo hacían lucir como genio loco a punto de destruir el mundo. Era de la Costa Este, sin duda: su caluroso traje de lana y la corbata pasada de moda lo delataban. Lo confirmó un fuerte acento de Queens.

—Julius Schwartz, mucho gusto —dijo estrechándome la mano.

Él era la razón por la que había olvidado a la rubia. No tenía mejor cuerpo ni la sonrisa de anuncio de pasta dental, pero para mí era un genio.

Schwartz había tomado el control de All Star Comics, cambiándola por el sello DC Comics, una compañía editorial famosa por publicar las historietas de los héroes más populares, como Superman, Batman y la Mujer Maravilla. Había decidido dar un nuevo aire a los viejos personajes con novedosos diseños e historias originales. Entre muchos otros, junto con Carmine Infantino, había vuelto a crear Flash, el héroe con supervelocidad. Hoy era el cómic más vendido. Deseaba ser Barry Allen y correr a la velocidad de la luz para hacer compras, terminar las tareas de la casa, llevar flores a la novia, besar a la segunda novia, ligar con una tercera y tener tiempo para ver el nuevo capítulo de *Peyton Place*.

Todos tenemos una debilidad. Yo no soy elitista, tengo muchas. Las historietas son una de ellas. Resultan divertidas, fáciles de leer cuando uno está inspirado en el baño, y poco pretenciosas. Son el reflejo de lo que es mi vida. Por eso no me extrañaba mi poca suerte con las mujeres. Nadie se quiere comprometer con un personaje de cómic. Cual niño nervioso, saqué del sobre mi revista *Showcase # 4*, la primera aparición de Flash, y la coloqué en la mesa.

—El gusto es mío. ¿Podría autografiármela?

Scott Cherris la arrancó de las manos de Schwartz y me sentó de golpe en la mesa. Nada más faltó que me golpeará y me dijera «Sunny, malo», cual perro que ha sido sorprendido bebiendo del retrete.

—Esta es una reunión de negocios. Luego continúas con tu

fiesta de niños —gruñó. Me jaló hacia él y susurró—: Te pedí que no me pusieras en ridículo, no seas infantil.

Puso delante de mí el trago que me había pedido, un Scorpion. Sabía que la única manera de callarme era con un cóctel. Yo me quedé como un niño bueno en mi lugar. Sorbí de la enorme vasija de cerámica con caras de dioses polinesios enojados.

—Míster Schwartz vino desde su oficina en el Rockefeller Center para cedernos los derechos de lo que será un éxito en televisión —explicó Cherris seriamente.

Mi amigo se transformaba en ejecutivo profesional cuando había dinero de por medio. El resto del tiempo lo ocupaba en encerrar su Jaguar, beber cócteles y coquetear con las meseras.

—La American Broadcasting Company está interesada en transmitirlo. Se ha desatado una guerra entre las cadenas para colocar el programa televisivo más original —exclamó Scott con un tono digno de ejecutivo de empresas. Era difícil ver a mi amigo como un verdadero productor. Continuó explicando—: Congo Bill fue un éxito en los cincuenta, como serial de cine, ahora lo será como programa de televisión.

20 Estiré la mano, para indicarle que continuara, sin dejar de sorber el popote de mi bebida, no fuera a abrir la boca y me volvieran a regañar Scott y los dioses de la vasija.

—Hemos decidido usar el viejo personaje de Congo Bill y hacer una nueva versión como la que aparece en los cómics de Julius Schwartz... ¡Congorilla!

La bebida se me atoró. Tosí para evitar suicidarme con el popote. Los productores de Cinelandia tenían tantas ideas en forma de excremento que no necesitaban ir al baño. No, no era mala, sino la peor. Congo Bill era uno de los personajes que habían recreado en los cuarenta, cuando estaban de moda los héroes en África. Era solo uno más. Ahora lo habían rescatado dándole toques mágicos y de ciencia ficción, lo cual no era nada original, sino una práctica común en los cómics. Lo convirtieron en menos que un chiste. Un chiste muy malo, de paso.

—¿Van a hacer un programa de televisión sobre un cazador aventurero de África que se convierte en un gorila gigante color dorado solo con frotar su anillo mágico? —pregunté con los ojos abiertos, tanto como las orejas, pues a lo mejor había escuchado mal.

Schwartz y Cherris sonrieron a la vez. La respuesta llegó también al mismo tiempo.

—Sí.

Cualquier comentario tendría que guardarlo para el siguiente siglo. Cherris, excitado, explicó:

—Los niños van a adorar al personaje. He platicado con mis amigos de las jugueterías y podemos hacer el disfraz de Congorilla, con cinturón, revólver y la máscara de simio. Hemos conseguido a la estrella perfecta para el papel.

—Creo que no quiero saberlo... —traté de interrumpirlo. Demasiado tarde.

—El mismo Tarzán en persona: Johnny Weissmuller. Dentro de unos días comenzará el Festival Internacional de Cine en Acapulco, al que asistirá para poder dar la noticia y crear expectativa —dijo Scott Cherris con su enorme sonrisa, característica en él, de gato disfrazado de canario—. Además, Weissmuller es socio del hotel Los Flamings, que servirá como base de la producción. ¡Será un éxito!

Scott levantó su copa para un brindis. Schwartz golpeó la suya con un gesto divertido.

Yo seguía pasmado. No había pestañado desde que habían anunciado la noticia. Mis ojos empezaban a llorar, no sé si por dolor o por derecho propio.

—¿Y cuál será mi trabajo? —pregunté tan bajo que solo un ratón podía oírme. Un ratón y la gente de Hollywood.

—Serás el guardaespaldas de Johnny Weissmuller durante la semana del Festival de Crítica de Acapulco. Deseamos anunciarlo con bombo y platillo. Cuidarás de que no se ponga tan borracho que eche a perder la promoción.

—¿Me están pidiendo que sea la nana de Tarzán?

—Exacto —respondió Cherris.

Me metí el par de popotes del scorpion a la boca. Calladito me veo más bonito.

III

Desarmador

2 medidas de vodka
5 medidas de jugo de naranja
Hielo
1 rebanada de naranja

Ponga el hielo, el vodka y el jugo de naranja en la coctelera. Agítela durante diez segundos al ritmo de *If I have a hammer*, del pionero del rock Triny López. Cuele y sirva en un vaso largo. Haga un corte a la rebanada de naranja para que se sostenga en el borde del vaso.

23

El de desarmador, o screwdriver, es cuando menos un nombre bastante original para una bebida preparada. También es la mezcla más sencilla que existe para un cóctel refrescante: solo dos componentes. Su pureza compite únicamente con la del martini.

La leyenda cuenta que esta bebida la inventaron trabajadores estadounidenses que laboraban en las construcciones de las plataformas petrolíferas de Irán en los años cuarenta. A falta de coctelera, para poder revolverlo usaban lo que tenían más a la mano en su caja de herramientas, en este caso, un desarmador. De acuerdo con otra versión, la crearon los trabajadores de la construcción de California después de la guerra. En esta última hay tres elementos comprobables: el auge de la construcción, que aprovechó a los soldados que regresaban de la guerra en los

cincuenta; la naranja, que tiene como cuna preferida este estado; y el vodka, que se volvió popular en esa época.

Se dice que Hollywood invoca la magia en sus películas. Esa magia que hace volar a Mary Poppins; que a las gaviotas, cuervos y otros desagradables plumíferos los convierte en asesinos en *Los pájaros*; que a John Wayne le ayuda a disparar diez balas en revólveres que solo tienen seis tiros; que a Rock Hudson lo vuelve varonil; que a Doris Day la convierte en virgen, y que a Humprey Bogart lo hace ver alto.

Eso es verdadera magia. Pero cuando tratas de ocultar algo tan obvio como un camión de tres toneladas a doscientos kilómetros por hora frente a ti, no hay magia que valga. Ni siquiera aparece en la lista de invitados.

24 Mi trabajo estos últimos años era detener ese camión, evitar que embistiera a los pobres productores, directores, actores y arrimados de Cinelandia. Hay que tenerles compasión. Hasta ellos fueron bebés y sus mamás los amaban. Es un trabajo sucio, pero paga la renta. Sin embargo, para sostener un proyecto como el de Scott Cherris, necesitaba algo más que la magia de las películas. Requería convocar a todos los magos vivos. Además de desenterrar a otros famosos: Houdini, Merlín y Babe Ruth.

Y eso fue lo que le dije a Scott al día siguiente en su oficina de Sunset Boulevard. Él había conseguido un hermoso bungalow estilo colonial, con tejas californianas, azulejos españoles, palmeras de Florida, secretaria de Kansas y mucama de Mazatlán.

—Sunny, tú no tienes la visión del mundo del entretenimiento —me contestó con su sonrisa felina. Hoy había decidido usar cuello de tortuga y una chaqueta inglesa que lo hacía ver como el doble de Elmer Gruñón. En cualquier momento, Bugs Bunny aparecería y le daría un beso.

—No, te equivocas. Yo tengo una visión mejor desde donde estoy: los calzones de tu secretaria —le respondí. El escritorio de la recepción quedaba justo frente a la puerta de su oficina. Las torneadas piernas en forma de botella de Coca-Cola de su secretaria saltaban a la vista. Scott era un pícaro.

—Baja la voz, ella puede oírte —me murmuró molesto. Tras levantarse cerró la puerta. Su secretaria ya no escuchaba.

Su oficina era mona, como para devorarla, parecida a las casas hechas de golosinas de los cuentos. Mantenía el mismo estilo colonial del exterior, con el sello característico de California. El piso estaba decorado por grandes losetas de barro con remates de azulejos en tonos chillantes. Al centro, habían colocado una sala de piel color verde aceituna y un enorme escritorio fascista. Seguramente lo compraron de barata en el Partido Nazi cuando Alemania perdió la guerra. Atrás del escritorio había un viejo mueble de la época en que California era propiedad de México. En él guardaba Scott el alcohol, los teléfonos de sus amantes y el dinero. De la pared colgaban tres cartelones de películas en las que mi amigo estuvo involucrado. Dos ni siquiera las había visto.

—¿Qué te hace pensar que quiero ser niñera? —le pregunté apenas regresó a su lugar detrás del escritorio, que se le veía grande. Unas tres tallas más.

—Bueno..., somos socios, ¿no? —balbuceó mientras abría su mueble antiguo. Vacío media botella de vodka en dos vasos y agregó jugo de naranja.

Mientras preparaba el desarmador, sentí que me lo clavaba en la yugular. Puso un vaso frente a mí. El suyo se lo bebió de un trago.

—Es un honor. Debes estar en serios problemas si dices que un sabueso es tu socio. Me pregunto si estaba en una lista entre el plomero y Lupita, tu empleada de limpieza.

—Tú sabes que yo nunca te mentiría —dijo mi amigo con la seriedad del presidente Johnson declarando la guerra—. Al parecer, el tipo, Weissmuller, está en serios problemas. Me ha costado que acepte el trato, pues viene saliendo de un divorcio, acaba de morir su hija y prácticamente está en bancarota. Se ha refugiado en Acapulco. Tengo miedo de que haga una locura.

—¿Cómo se puede estar deprimido si eres campeón olímpico y estrella de cine?

—Sunny, Hollywood perdona un desliz con una quinceañera, pero nunca el fracaso. El hombre está acabado. ¿Cuándo fue la última vez que oíste de él?

—No lo sé. Pasan algunas viejas películas por la televisión. No pensé que estuviera tan mal —respondí admirado. No era fácil ver a Scott preocupado. El Pájaro Loco tendría más depresiones que él.

—Estamos arriesgando mucho. —Bajó los ojos. Hubo un momento de tensión. Solo un instante. Luego aplaudió y apareció su sonrisa gatuna con marca registrada. Incluso fue la especial, la que se comió al canario—. Pero estoy a punto de cerrar un trato que nos volverá ricos.

—¿Volverá? ¿Tú y yo? ¿Como un matrimonio de bienes mancomunados? —contesté. Sentí el metal en la tráquea. El vodka solo era para que no doliera.

—Necesito un socio en Acapulco que se asegure de que las cosas funcionen. Él ha aceptado trabajar si lo libramos de un problema: lo están chantajeando por una deuda. Tú podrás contener el problema, aunque no tengamos dinero todavía. —Me extendió la mano para cerrar el trato. Por alguna extraña razón vi que le salieron cuernos, un rabo y que se tornó todo él color rojo. Quizá no era un demonio, tal vez solo una gamba.

—No habías mencionado nada de eso. No me gusta.

—¿Qué parte? ¿Que deba dinero o que tendrás que lidiar con un chantajista?

26 —Ninguna parte me gusta, empezando por ti. Scott, yo creo que los chantajistas hacen su trabajo porque la víctima hizo algo mal. No te extorsionan por una mentira. Weissmuller puede empezar a rezar, lo van a aplastar.

—Por eso te necesito.

Lo miré de reojo. Mi mano estrechó la suya. La solté rápidamente, pues tuve la sensación de haber pactado con un demonio.

—Conoces las reglas: sin policía.

—Solo si no hay un asesinato —respondí en automático. Mi camarada sabía que nunca pediría ayuda a la policía, pues la odiaba. El doble si era mexicana.

Antes de irme saqué una caja de puros que Scott guardaba en el mueble antiguo. La abrí y tomé cinco billetes de cien dólares. Gritó asustado como una niña a la que le quitan su muñeca preferida.

—Es un adelanto. Necesitaré darles algo. El resto me lo pagas cuando llegues a Acapulco —le expliqué con la frialdad de un esquimal de nariz congelada.

—¡Estás loco! ¡Esos son mis ahorros! —continuó balbuceando palabras incompresibles. Apenas logré captarlas—. ¿Cómo sabías que ahí guardo las cosas?

—Amigo, cuando agarramos la fiesta y terminamos aquí, estoy borracho, no ciego.

Me miró con cara de odio. Por primera vez en mi vida pude devolverle la sonrisa de gato. Me había comido su canario disuelto en mi bebida.

—No sufras. Facturaré todo para que lo deduzcas.

Abrí la puerta de su despacho y descubrí el panorama de las entrepiernas de su secretaria.

—Apúrate en llegar a Acapulco, no te distraigas mucho viendo debajo de la falda de tu secretaria.

La muchacha clavó los ojos en mí al oírme decir eso.

No supe qué pasó después, pero el ruido de la cachetada llegó hasta el exterior.

IV

B-52

1 medida de Kahlúa
1 medida de Baileys
1 medida de Cointreau o Amaretto

Vierta los licores en el orden indicado en un vaso delgado o en uno tequilero. Intente formar tres capas con la ayuda de una cuchara pequeña, dejando caer el líquido suavemente, hasta lograr un efecto de tres colores en la bebida.

29

Esta famosa bebida fue bautizada con el nombre del bombardero B-52. El aeroplano Boeing estratégico voló con el Ejército de los Estados Unidos desde 1955, hasta la fecha. Diseñado para volar a grandes alturas sin ser detectado por radares en tierra, así como para portar desde explosivos en racimo hasta bombas nucleares, fue una pieza fundamental en el ajedrez de la Guerra Fría y se creó para poder bombardear Rusia en cualquier momento. Esa fue la razón que motivó a la Unión Soviética a retractarse de colocar misiles en Cuba en 1962. También tuvo un papel importante en las dos últimas guerras de los Estados Unidos: Afganistán e Irak.

La razón de la denominación del nombre es la mezcla de tres licores, que son una bomba. Tan de moda en una época donde todo era atómico, como Mini Skirt, de Esquivel.

Para el viaje arreglé las cosas a fin de dejar mi estudio en Venice Beach por un tiempo. No era un gran trabajo. Solo dejar un juego de llaves con mi casera. Ella regaría mis plantas, quitaría el polvo cada dos semanas y se aseguraría de que ningún amante de lo ajeno entrara para llevarse mis pertenencias valiosas: las tablas de surf, la colección de historietas, las botellas del bar y las fotos de *miss* Bettie Page. En cuanto al resto, como los muebles y la ropa, hasta pagaría por que se lo llevaran.

Dejé mi Ford Woody en un taller mecánico. Esta vez se quedaría guardado. Nada grave, solo una cuarentena mecánica. Ahí le pondrían un termómetro en la boca y le darían su jarabe para el resfriado.

Muy temprano, por la mañana, adquirí mi boleto para Acapulco en la TWA. Preparé mi equipaje. Por más que ponía cosas, no conseguía el título de «maleta de viaje». Mi Colt descansaba adormilada entre los calzones y las guayaberas, al lado de un libro autografiado por una antigua cliente, titulado *Delta de Venus*, y unos prismáticos. Si necesitaba algo más, lo compraría con el dinero de Scott. Solo cosas necesarias, como las bebidas.

30

Llegué con anticipación a la terminal aérea de Los Ángeles en Sepúlveda Boulevard. Me dirigí al edificio central, el Theme Building.

Por su forma parecía un platillo volador estacionado en cuatro patas, que esperaba partir a Marte. Ese armatoste en forma de nave espacial siempre me había fascinado. Sus diseñadores, los arquitectos Pereira y Luckman, se echaron un pitillo de marihuana, vieron *La guerra de los mundos* y dijeron «hagamos un edificio».

Subí a la parte superior, donde está el restaurante. Me decepcioné al no encontrarme con seres intergalácticos bebiendo extraños cócteles. Solo estaba lleno de criaturas horribles: un grupo de agentes viajeros uniformados en traje gris, sombrero de fieltro y gabardina. Unas muchachas de uniforme azul militar atendían.

Pedí un desayuno rápido acompañado de una cerveza. Al probar mi *omelet* descubrí que la comida sí era extraterrestre. Solicité a mi sonriente mesera salsa de Tabasco para quitarle el sabor a marciano. Al menos la bebida no estaba mala, pero tampoco era nada fuera de este mundo. Fui al baño para quitarme el olor de

extraterrestre verde que tenía en las manos. Luego busqué un teléfono público. Al encontrarlo, coloqué algunas monedas, rogando por que la llamada no fuera intergaláctica.

—Cherris, salgo en la TWA a Acapulco —le dije a mi amigo Scott, que contestó del otro lado.

—Weissmuller te espera en el hotel Los Flamings. Arregla todo para cuando yo llegue. Me ha pedido un adelanto de dinero —dijo. No se oía contento. Nada contento.

—Lo vas a deducir después. No chilles como niñita. Eres productor de cine, ustedes nunca pierden, ni siquiera con las peores cartas...

Se oyó un gruñido en la línea. Quizá se había vuelto a disfrazar de canario y se lo había tragado un gato.

—Solo cuídale su trasero, Sunny. No te metas en líos.

Sonreí. Ya se le había terminado el enojo.

—Espero que ya hayas arreglado el problema con tu secretaria.

—Ni me recuerdes ese tema. Tuve que darle un regalo: Chanel n.º 5... —se hizo un silencio, no tan largo como una ópera—, el frasco grande.

—No te entiendo, Scott. Eres productor, te va bien. ¿Por qué meterte con una mujer casada? —le dije en un tono más amistoso. Me volteé para ver a los comensales del restaurante, seguía ahí el mismo equipo de agentes viajeros. De pronto una persona me hizo detener mi mirada.

—No lo sé. Por la misma razón por la que tú no has visto a tu padre desde hace cinco años: porque es más fácil —contestó Scott.

Yo apenas lo oía, estaba hechizado por completo por mi descubrimiento: una mujer que entraba al restaurante. Valía mucho la pena mirarla. Estaba mejor hecha que el edificio. Sus ingenieros le habían otorgado más belleza. Aunque era pequeña de estatura, su falda corta la hacía verse más alta. Las piernas, perfectamente torneadas. Cada una construida de concreto. Quizás un material más fuerte. La falda era parte de un vestido de dos piezas color azul. Le quedaba tan ajustado como un guante de seda a la mano. Su silueta era solo curvas, como Sunset Boulevard. Inclusive poseía mejores montañas. Ella traía el pelo largo, de un tono castaño. Recogido en una coleta. Con la luz parecía rojizo. El

cabello apresado dejaba libre un par de ojos azul grisáceo, tan brillantes como unos costosos pendientes de aguamarina. Sus labios no eran carnosos y al sonreír le otorgaban un par de hoyuelos a la cara, que combinaban de lujo con sus pecas. Había aterrizado un ángel en el aeropuerto de Los Ángeles. Dios lloraba por su pérdida.

—Voy a mandarte dinero para que arregles lo del chantajista. Por favor, no te lo bebas —siguió diciendo mi amigo. Yo ya no lo escuchaba. Ojos Aguamarina requería de toda mi atención.

—Solo dos botellas —le dije para poder colgar.

Scott seguía dándome indicaciones banales.

—¡Y no lo mandes todo a la mierda! Por favor, sé discreto... —fue lo último que le oí decir antes de colgar.

Regresé a mi lugar, a tres mesas de donde se había estacionado mi ángel. Dejó su abrigo en la silla y clavó sus ojos metálicos en el menú. Pidió un café y un pastel de queso. Yo me los saboreé. A ella y al pastel.

Mientras esperaba su servicio, comenzó a divagar con la mirada. Hasta que se cruzó con la mía. Le regalé mi mejor sonrisa. La de ella apenas fue una mueca. Cuando llegó su café se olvidó de todo.

Miré mi reloj. Apenas tenía tiempo de llegar a registrarme. Ojos Aguamarina no había dado pie para que me aproximara. Sin poder olvidarla del todo, recogí mi equipaje y me lancé a la salida. Volteé por unos segundos, para volver a verla. Fue el tiempo suficiente para no darme cuenta de que un hombre venía hacia mí. Nos golpeamos de lleno, como dos locomotoras sin freno. Mi maleta hizo piruetas en el aire. Yo solo di una vuelta. Los dos caímos con un sonoro golpe.

Por fin logré que Ojos Aguamarina volteara a verme. Esta vez no solo me devolvió una sonrisa, sino que soltó una carcajada que de inmediato acalló al llevarse la mano a la boca. Por un momento brevísimo nuestras miradas se cruzaron. Después, algo con la fuerza de una pala metálica me levantó de las solapas.

El hombre al que golpeé me tenía alzado a unos milímetros del piso. No era más viejo que yo, pero me sacaba casi una cabeza. Vestía un pulcro traje negro con corbata delgada. Lucía un corte militar y unas gafas oscuras que se habían proyectado a varios metros. Su cara era un cuadrado, solo su barbilla sobresalía. Sus

cejas, amplias, muy pegadas a sus ojos, le daban un gesto de odio que solo gente como Hitler, Aníbal y el capitán Garfio lograban. El color de los ojos era claro, pero como agua puerca. Si eran el reflejo de su alma, estaba enlamada.

—¡Jijo-de-puta-cabrón! —me soltó en un español brutal, con acento del Caribe. Un español que un mexicano no entendería. Necesitaría traductor o subtítulos—. ¿Quieres morir, imbécil? ¡Te voy a dar una lección para que aprendas a ver por dónde caminas! —completó en inglés. Impulsivamente llevó su mano derecha al saco, y mostró una pistola en su sobaquera.

Yo levanté las manos tratando de emular la cara de un pizcador de naranjas de Orange County.

—Lo siento mucho, míster. No sé inglés —me disculpé en español, como si no hubiera visto la automática que estaba a punto de sacar y probar sobre mí.

El hombre se congeló. Mi plan funcionó, no esperaba que le hablara en su idioma. Todos se sorprenden cuando oyen otra lengua. Es como si les cambiaran el guion a última hora. Sus ojos agua puerca miraron a la concurrencia. Primero al equipo de agentes vendedores, luego a las meseras en sus trajes azules, que, aun asustadas, se veían monas. Pasó por mi ángel para detener la mirada de nuevo en mí.

—*Greaser*-come-mierda —me escupió en su inglés personal, muy aderezado por su español de Fidel Castro. Dejó lo de la pistola para otro día. Ni siquiera se dieron cuenta los testigos. Para ser federal, era bueno. Terminó gruñéndome en perfecto inglés —: ¡Lárgate de mi vista!

Yo concluí mi espectáculo con una gran sonrisa. Le di la mano y agité la suya como un vendedor de plata en Taxco.

—Gracias, señor. Muchas gracias... —Tomé mis pertenencias. Me alejé a la velocidad de superhéroe de cómic. El hombre limpiaba con una servilleta la mano que le había tocado cuando murmuré al salir del restaurante:

—Cubano culero...